



**“ESCRIBIR EN EUSKERA ES MOSTRAR QUE TODO NO ESTÁ PERDIDO,
QUE ESTAMOS AQUÍ, VIVOS Y VIVAS”. ENTREVISTA A ITXARO BORDA**

DAVID GUINART PALOMARES

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

La traducción al castellano, publicada en el año 2012 por la editorial Meettok, de 100% basque, la novela más reconocida de la escritora vascofrancesa Itxaro Borda ha servido para que su nombre haya comenzado a resultar más familiar a este lado de la frontera. Diez años después de que la novela original ganase el Premio Euskadi, concedido por el Gobierno de la Comunidad Autónoma Vasca, esta traducción ha servido para que esta obra, que reflexiona, de manera divertida pero punzante, sobre la identidad y el devenir de los vascos en el mundo contemporáneo, haya alcanzado un público más amplio, vasco y no vasco.

Itxaro Borda nació en Bayona en 1959, ciudad en la que reside. Licenciada en Historia Contemporánea, compagina su trabajo en el servicio de correos con la creación literaria, en la cual apenas hay un ámbito que no haya cultivado: es autora de novelas, colecciones de poesía, textos para canciones, ensayo... De entre su producción podemos destacar, además de 100% basque, poemarios como Medeaen Iratzartzea / Le réveil de Médée (Maiatz, 2012), colecciones de relatos como Entre les loups cruels (Maiatza, 2002), y novelas como Basilika (Susa, 1985), Hiruko (Alberdania, 2003) o Zerueta erresuma (Susa, 2005). También es autora de una serie de novelas policíacas protagonizadas por la detective vasca Amaia Ezpeldoi. En

2011 vio la luz el disco Ogella line (*Les productions de l'orchestre maigre*) en el que acompañada de músicos da vida a algunos de sus poemas.

100% basque plantea, desde un registro lúdico y jocoso pero a la vez incisivo, el lugar del vascohablante o, más en general, de todo aquel que se siente o ha sido reducido a la condición de minoría, en un mundo globalizado como el actual. Cuando la identidad se convierte en marca comercial, el individuo debe afrontar una búsqueda de nuevos asideros. La situación de la lengua y las culturas vascas en Francia y en España, las particularidades del sistema literario euskaldún, los retos a los que tiene que enfrentarse un escritor vasco en Iparralde son algunos de los temas sobre los que hemos dialogado con la autora.

Seguramente mucha gente que no conocía tu obra te ha conocido recientemente gracias a la traducción al castellano de *100% basque*. La edición original de esta novela apareció en 2002, hace ya más de 10 años. ¿Cómo has vivido esta segunda vida de la novela?

Es la tercera vida de la novela, porque en 2004 la traduzco yo misma y la publico en francés en la editorial Quai Rouge. Para su traducción al castellano han pasado años y he puesto una distancia entre ese libro y yo. Mis intereses, incluso literarios, han cambiado, he cambiado mucho. Me parece interesante leerlo una década más tarde y en otra lengua que no es ni euskara, ni francés. Creo además que Bego Montorio lo ha traducido muy bien y con una bella proximidad con el texto original. Tengo que decir que al releerlas, algunas cosas mencionadas en la novela me duelen aún.

Una de las características del campo literario vasco dentro del Estado español es que la novela en euskera se visibiliza, muchas veces incluso dentro del País Vasco, a través de sus traducciones al castellano. ¿Cuál es la relación de los escritores en euskera de Iparralde con las traducciones? ¿Es más importante la traducción al castellano que al francés?

Creo que el sistema de las traducciones es más para los autores de Hegoalde. Sobre todo en cuanto a la financiación. Hay dos cosas: primero, no tenemos costumbre de ser traducidos y la traducción es como un premio de buena literatura; dos, no hay traducciones ni al castellano ni al francés, porque el sistema literario francófono no está interesado en la literatura en «lenguas regionales» como el euskara o el bretón, por ejemplo. Las lenguas regionales quedan aquí consideradas como lenguas inferiores y nosotros, vascoparlantes, como seres inferiores.

Continuando con este tema: *100% basque* recibió en 2002 el Premio Euskadi que concede el Gobierno de la Comunidad Autónoma Vasca. En este sentido, parece que los únicos mecanismos de reconocimiento del sistema literario para un escritor de Iparralde se encuentran al otro lado de la *muga*. ¿Es así? Si lo es, ¿cómo vives este hecho?

Esa es la realidad. La mayor parte de nuestros lectores también están en el lado sur de la frontera. Esto se puede leer en un sentido negativo, pero hay más: cuando escribimos desde Iparralde tenemos –tengo yo al menos– la sensación de escribir para una nación entera, la nación vasca. Es la misma situación en la pelota manomanista, cuando ves a Xala o González que son de Iparralde ganar campeonatos en Hegoalde con empresas de Hegoalde. El País Vasco nunca es más rico que cuando trabajan juntos deportistas o artistas de ambos lados. No soy tan abertzale pero me gusta esa sensación diría *nacional*.

Pasemos a hablar de la novela. *100% basque* entronca –en mi opinión– con una tradición lúdica, carnavalesca, de la literatura. La crítica ha mencionado a Sterne, Rabelais, etc. En este sentido, ¿concibes la literatura en términos de *placer*, en el sentido en que Barthes hablaba del *plaisir du texte*?

Claramente está escrito en el sentido *du plaisir du texte* y *du plaisir de la langue* euskara, los dos placeres juntos, en contra del ‘no placer’ institucional de ser vasco, con una lengua que muere –en Iparralde–, que sirvió antes a algunos encapuchados para escribir comunicados de ETA, etc. El placer de la literatura, esa explosión lingüística lúdica, picaresca, era como una respuesta a las bombas de ETA. Era una reivindicación

vitalista entonces y creo que lo es también hoy. Nos cuesta considerar que nuestra lengua euskara puede ser fuente de placer real y/o metafórico.

Siguiendo con la pregunta anterior, el placer está muy presente en la novela, en la forma de ese placer compensatorio o tranquilizador que es la loncha de queso nocturna. Ese motivo conecta directamente con el sexo, respecto al cual la protagonista muestra una ambigüedad que podemos identificar con la bisexualidad. ¿Esa apertura al goce sensual la ves en relación con ese carácter lúdico, placentero, de la novela?

El placer del texto pasa por el placer del cuerpo –no sacrificado en el altar de la lucha armada que monopolizaba todas las energías y que utilizaba a los vascos como ovejas que sacrificar- y de sus preguntas alrededor de la identidad de género, de la sexualidad, que es la vida, y que me sirvió para denunciar los asesinatos políticos de esa época tan dura. Cuando traduje la novela al francés me atrapó una idea: estaba contando de modo muy irónico la historia de la chapa oscura puesta por el abertzalismo sobre la mente de los vascos.

Como tú bien dices, en tu novela el placer del texto va asociado a un deseo de liberación que es sexual, de género, político, lingüístico, etc. Podemos decir que tu novela es muy “literaria” –digámoslo así-, pero está al mismo tiempo muy conectada con la realidad en la que te mueves. En este sentido, ¿cuál crees que pueda ser el sentido, en el momento actual, de una literatura comprometida (*engagée*)? ¿Crees en el papel social de lo literario?

Creo sobre todo en la literatura, en su poder de expresar un entorno, de anticipar, de jugar el papel de espejo, de decir en ficciones lo que no nos atrevíamos a decir en voz alta, para los lectores, y eso en cualquiera de las lenguas del mundo. Pienso que lo que escribo está comprometido con el mundo donde vivo, en relación con los lectores, los críticos, los que me leen y los que no me leen por razones ideológicas.

Y siguiendo con este tema, me gustaría saber cuál crees que puede ser el papel de la literatura en el momento presente de la sociedad vasca. Estoy pensando

en particular en la cuestión del fin de la violencia de ETA y en ese debate en torno al *relato* que del conflicto deba quedar para las generaciones futuras. ¿Qué función crees que puede tener ahí el escritor vasco?

Precisamente eso es lo que ha hecho en *Martutene* Ramón Saizarbitoria, poner frente a los ojos de los lectores vascos y otros lo que ha sucedido, qué ha hecho que eso haya sucedido, poniendo un pie afuera. Haciendo una cosa como lo que yo he hecho en *Boga, Boga*, mi última novela con la detective Amaia Ezpeldoi, en 2011, poco después del alto el fuego, es decir, el relato de lo sucedido durante los años de plomo en Iparralde.

En tu novela reflexionas sobre la imagen del vasco. Señalas cómo (al menos en Iparralde), el euskaldún queda muchas veces reducido a la condición de indígena, de curiosidad turística. También hablas de cómo su imagen fluctúa entre la del “buen salvaje”, el pastor, y la del terrorista. Personalmente, ¿cómo has vivido este hecho? ¿Cómo ha influido esta vivencia en tu decisión de escribir y de hacerlo en euskera?

Me siento muy indígena, muchas veces me gusta definirme así porque me quedo en una posición de observadora, como escritora por regla general. Hay esa imagen del euskaldún, folklórico, que habla mal el francés, de origen rural. Yo soy de origen campesino, de ese mundo que ha perdido la guerra económico-cultural de la burguesía francesa contra su propio mundo rural. Llegamos al final del proceso empezado durante la revolución francesa con las declaraciones de Barrère (1791) que declaraban la guerra contra las lenguas regionales (*patois* decían...) Escribir en euskara es mostrar que todo no está perdido, que estamos aquí, vivos y vivas, con unas lenguas que queremos adaptadas a las nuevas realidades y conceptos modernos. Deseando lo mejor para nuestras lenguas, es decir, nuestros pueblos, nuestra memoria. ¡Escribir en euskara me parece como un milagro después de doscientos años de rechazo cultural oficial!

Cualquiera que haya visitado Iparralde puede observar el proceso de sobreexplotación con fines turísticos que se da de la imagen de lo vasco: uso del

lauburu como reclamo turístico, de la “tipografía vasca”, de la palabra *basque*, de los colores de la *ikurriña*, etc. Sin embargo, como tú señalas en novela, este uso de la imaginería vasca no va acompañado la mayor parte de las veces de una apuesta real por preservar la cultura o la lengua vascas.

Lo que aparece en la novela es que, además de la folklorización producida con fines turísticos, hay otra hecha por los abertzales que venden una imagen que nunca cambia del País Vasco. A los abertzales también les gusta esa eternidad cultural que moldea un país y unas gentes ideales por quienes vale la pena pelear. Por ejemplo, me llama la atención el modo tan tradicionalmente rural en que se representa la fiesta de Olentzero en las calles de Bayona en Navidad... Somos urbanos y queremos vivir nostálgicamente como campesinos, pastores, con ovejas y quesos. Y la realidad es imperfecta, sucia, llena de ambigüedades. Existe ese contraste, diría esa esquizofrenia, en la novela, en las tres lenguas que multiplican la esquizofrenia.

Desde las primeras líneas de tu novela, con la alusión a las frases iniciales de la *Recherche* de Marcel Proust, se plantea en la obra el tema de la conexión con la tradición literaria. En una literatura con una tradición escrita relativamente escasa y reciente como es la vasca, esta es una cuestión que se le plantea a todo escritor euskaldún. En el caso particular de un escritor de Iparralde, ¿qué particularidades tiene esta cuestión? ¿Cómo vive la relación doble con la tradición literaria euskaldún y la francesa? Porque no es casualidad, seguramente, que el inicio de tu novela conecte con un clásico francés como Proust.

Los primeros libros en euskara y en francés son casi de la misma época: 1540-1550. En Francia tenían una voluntad política de hacer una lengua, un país, un estado, lo que faltó a muchos países más pequeños. Nosotros que escribimos en Iparralde, es decir, en el lado francés del País Vasco, fuimos educados en esa Cultura francesa, como los africanos y los asiáticos del imperio colonial hasta 1962. Poner la primera frase de la *Recherche* era para mí un modo de re-conectar con toda esa cultura francesa que tengo también dentro de mí y que me constituye. El problema es que durante muchos años nos han rechazado de esa cultura: los vascos mismos, porque el

francés iba contra el euskara, y los franceses, para quienes las culturas en lenguas minorizadas, dichas *patois*, eran señales de retraso cultural.

En *100% basque* la voz narrativa es la de una primera persona cuyas coordenadas facilitan –en mi opinión– la identificación contigo, la autora. En cierta manera, podemos entender la novela como una forma de autoficción, ese modo novelesco del que tanto se ha hablado en la última década. Por otra parte, al utilizar esa forma para abordar un tema colectivo, estás escapando, en mi opinión, a la crítica de solipsismo que se les hace en ocasiones a los autores que recurren a la autoficción. ¿Estás de acuerdo? ¿Crees que el lector acierta cuando pone en relación la voz de la narradora con tu propia persona?

El Yo que se encuentra en la novela es más un Nosotros. Es un Yo ahogado en el colectivo, sumergido totalmente. Estoy de acuerdo contigo, la narradora de esa novela no descubre solamente su intimidad sino también la intimidad de ser euskaldún o de su voluntad de serlo o de no serlo. No está bien visto escribir el Yo en euskara; el Yo no existe, entre la religión del cristianismo y la de la lucha armada no había sitio para él. El Yo es un modo de presentarse como un sujeto orgulloso y esto no está autorizado a los «nadas» que somos. Pero tengo que decir que las mujeres escritoras, que estamos todavía bastante afuera del *mainstream* literario nacionalista, utilizamos más el Yo íntimo, que es el del cuerpo sobre todo.

Como escritora vasca de Iparralde, ¿cómo vives la relación entre los dos lados de la *muga*? No me refiero ahora en cuanto escritora sino como ciudadana y vasca, y no sé si decir como abertzale, respecto a la distinta situación legal del euskera, el distinto grado de autonomía, etc.

Soy más ciudadana euskaldún que abertzale pura. Nunca me he definido así y los círculos abertzale saben bien que tengo, o al menos tenía, algunos problemas con su ideología, sobre todo cuando ETA estaba activa –en la novela hay una burla de los activistas armados... Me gusta viajar por el País Vasco entero, norte y sur, ir a dar charlas en ambos lados, encontrar lector@s, leer poesías en público o volar a congresos con mis compañeros/as escritores del sur. Creo que lo que más me gusta

es imaginar ese país como un todo, una diversidad de dialectos y de lenguas, de prácticas sociales, culturales, de influencias (españolas, francesas –para mí personalmente catalanas también—) y de opiniones políticas aunque queden fronteras y muchas cuestiones que resolver.